

# SE\_ORA\_ISABEL

Águeda Pallares

Image not found.

## Capítulo 1

El día lunes me llamó una amiga para contarme que había muerto Isabel Romero de Tejada, era el pilar de su familia y de la sociedad que la rodeaba por los años sesenta. Me quedé de una pieza. Pensé que mujeres como ella no morían nunca.

Cuando yo era una niña, en aquella época de bailes y téis ruidosos recorría las calles de la ciudad con el grupo de primos y amigos que vivíamos en el barrio de casas grandes con jardines de palmeras y tapias cubiertas de rosas trepadoras. Íbamos en bicicleta por las calzadas empedradas tratando de esquivar las vacas y los burros que andaban junto a los pocos automóviles que se desplazaban despacio. Pero nosotros, con el aire en la cara y los cabellos ondeando éramos felices, sin la sospecha de que en algún sitio podía existir una pena, un corazón desangrado.

Una mañana de esas soleadas y alegres en que regresábamos de la piscina del Hotel Quito, detuvimos nuestras bicicletas frente a la casa que nos parecía la más bella de todas. El gran portón estaba abierto. Mi primo Felipe arrimó su bici a la pared e hizo una inspección visual, nos dijo:

—No hay nadie—Y haciendo una señal con la mano nos dijo—¡Entremos!

Nos sentimos súbitamente envalentonados y pedaleamos por la pequeña avenida sinuosa que llevaba a la casa. Los árboles que bordeaban el camino eran grandes y frondosos de un verde oscuro que enfriaba la piel conforme nos adentrábamos.

—Regresemos—Dije yo un poco asustada.

Creo que Felipe iba a reprenderme pero todos nos callamos cuando vimos a lo lejos, bajo los árboles fríos y exuberantes a una mujer con el cabello oscuro que le caía como una cascada sobre la espalda. Tenía un vestido blanco que dejaba ver un poco de sus pechos turgentes. Nunca habíamos visto una mujer así, con los pies descalzos primorosamente cuidados.

Como si un peligro oscuro nos amenazara, nos escondimos tras una pared sin decirnos nada. Descubrimos un agujero por el cual nos pusimos a espiar, de dos en dos porque no era lo suficientemente ancho. Entonces sucedió algo increíble. Un automóvil se aparcó y de él se bajó un hombre alto con traje oscuro, sombrero de fieltro y bastón. A mí me temblaron las piernas y le dije a Felipe:

—Fíjate bien en ese hombre y dime a quién te recuerda.

Felipe nos apartó a mi prima Caty y a mí y se apoderó del agujero para ver con mayor claridad. Luego se volteó y vi que tenía la cara blanca

como la cera.

—¿Qué pasa?—Le pregunté.

Pensé que no iba a contestar, pero al cabo de un momento nos dijo:

—Es el tío Juan.

Me encaminé hacia el abertura en la pared y vi con asombro como el tío Juan tomaba entre sus brazos aquella espectacular mujer y la besaba con una actitud que a mí me pareció violenta, ella le pasó las manos finas por la cabeza y le quitó el sombrero. No quise ver más, a pesar de que no entendía lo que hacían tuve el presentimiento que aquello era algo malo. Felipe pensó lo mismo, me lo contó más tarde y entonces buscamos una forma de regresar sin que nos vieran, pero tomamos el mismo camino porque ellos se adentraron en el bosque.

Años más tarde, cuando yo era adolescente conocí a la dueña de la bella casa, era una de las mejores amigas de mi abuela, bastante más joven y de una belleza increíble. Se llamaba Isabel Romero de Tejada. La señora Isabel, como la llamaban los sirvientes, no tenía hijos y comenzó a rodearse de los jóvenes hijos de sus amigas, en nuestro caso nietos de su mejor amiga. Llegó a gustarme todo lo que la rodeaba, su casa era un palacio y sus sirvientes los más amables y serviciales. Solíamos visitarla a la hora del té con nuestras madres y mi abuela, ella nos recibía en una bata de seda que un día era roja y otro lavanda o azul. Su cuarto estaba amoblado con asientos y sofás cómodos y lujosos alrededor de una inmensa chimenea de piedra que un sirviente alimentaba con leña continuamente.

Lo que más me llamaba la atención era que Isabel nos recibía siempre recostada en su lecho de grandes dimensiones y preciosas almohadas y almohadones. Entonces entraba otro sirviente ayudado por una mucama y nos servían Earl Gray y tostadas con mantequilla y mermelada de naranja y mora. A mí me parecía delicioso el té y las tostadas untuosas, pero más que nada me gustaba el ambiente de risa y alegría que se vivía en los aposentos de aquella mujer de cabello oscuro y manos blancas. Cuando ya eran las siete de la noche venía el chofer a recogernos y regresábamos a la casa, durante el trayecto, que era muy corto comentábamos todos los chismes que habíamos escuchado aquella tarde.

El día en que me comprometí, me enteré que Isabel tenía muchos amantes pero que a nadie le importaba porque era tan grande el prestigio social del que gozaba, que todos se hacían de la vista gorda. Estar junto a ella era más importante que obtener un título universitario o ganar unas elecciones locales, los presidentes de la república acudían a sus tertulias,

famosas porque duraban hasta el otro día.

Una tarde vi al tío Juan sentado junto a la ventana de su escritorio, estaba muy viejito, pero tenía una luz en la mirada y sin que yo le preguntase nada, supe que pensaba en Isabel. Para entonces yo ya comprendía la vida, era una mujer adulta y perdoné en silencio la infidelidad de Juan, lo besé y me alejé. Murió esa noche.

Los años pasaron y el paisaje de la ciudad también, nadie puede creer que años atrás íbamos en bici por las calles que ahora son avenidas infernales llenas de smog y ruido.

Por eso, cuando el lunes me llamó una amiga para contarme que había muerto Isabel Romero de Tejada, me quedé de una pieza, pensé que mujeres como ella no morían nunca.

Camino al cementerio en mi auto sonreí porque fui testigo de una época más apacible de grandes bailes y tés ruidosos.

Entierran a la Señora Isabel, el clima es de total recato y respeto, yo sonrío